

FRANCISCO SEVERO MALDONADO

Nació en Tepic en el último tercio del siglo XVIII.

Hizo una carrera distinguida en las escuelas: era teólogo, canonista y conocedor de las mejores obras de legislación y economía política.

En Septiembre de 1810 desempeñaba el curato de Mascota [Jalisco], y, al ser ocupado Guadalajara [Noviembre 26] por las tropas de Hidalgo, éste le hizo redactar *El Despertador Americano*. Predicó en ese tiempo en favor de la insurrección, según afirma Hidalgo en la causa que lo condenó, respondiendo á la 11ª pregunta.

Mora, en su obra *México y sus revoluciones*, dice: "El Dr. D. Francisco Severo Maldonado, hombre de vasta lectura, de no vulgar capacidad, excesivamente extravagante, y de una arrogancia y presunción inauditas, fué el escritor más notable que patrocinó por entonces la causa de la insurrección".

En Febrero de 1811 pidió indulto, que le fué concedido en Marzo 12, y comenzó á publicar *El Telégrafo de Guadalajara* (27 de Mayo), á favor de la causa realista.

Hablando Bustamante de Maldonado, se expresa así:

"Guadalajara guardó el mayor silencio en los días en que fué dominada y sojuzgada por D. José de la Cruz. Nadie dió en meditar nada contra este tirano: sus corporaciones principales enmudecieron delante de él, como toda la tierra delante de Alejandro de Macedonia, según la expresión de la Santa Escritura; tributáronsele los mayores respetos, acompañados de elogios sin tamaño. La mano del editor del *Despertador*, publicado en los días de la entrada de Hidalgo, y que canonizó la revolución, fué la misma que publicó el *Telégrafo* y otros papeles á que nos remitimos, en que están reputadas por buenas las acciones más absurdas é inmorales".

Y más adelante:

"Una pluma hermosa se consagró á desengañar á los pueblos de América; mas ¡oh dolor! por una de aquellas aberraciones del espíritu humano, esta misma mano se tornó después en persuadir todo lo contrario de lo que había escrito, y en los días subsecuentes se esclavizó á los caprichos del tirano Cruz".

En un artículo firmado *El Tapatio*, en el *Aguila Mexicana* de Agosto 12 de 1823, se dice, rebatiendo á Bustamante, lo siguiente en defensa de Maldonado: «El autor del *Telégrafo* no ha cesado en el empeño noble de instruir á los pueblos en sus derechos é intereses por medio de aquel periódico, del *Mentor*, del *Pacto social* (el *Contrato de asociación para la República*), del *Fanal*, etc., á vuelta de las contemplaciones que el Gobierno Español exigía en un escritor mientras le tenía bajo su férula, y cuyos cartapacios suprimía, mutilaba, tachaba é interpolaba el mismo Cruz. En tales circunstancias maravilla es que escribiese é hiciese pasar todo lo que allí se encuentra.»

En 1821, Maldonado perteneció á la Junta Provisional gubernativa como vocal.

Copio de una Biografía publicada en el *Diccionario de Historia y de Geografía*, México, 1853-1856, los siguientes párrafos:

"En los hermosos días que siguieron á la independencia de México, antes de que la lucha de las facciones cubriese de oprobio y llenase de males á nuestra patria, en medio de los hombres que soñaban un porvenir de ventura y libertad, y de cuyos labios escuchaba el pueblo todos los días promesas halagüeñas y teorías seductoras, existía un hombre á quien todos respetaban, un clérigo anciano y privado de la luz, á quien nadie disputaba la grandeza del genio. Para unos de sus contemporáneos, el Dr. D. Francisco Severo Maldonado pasaba por un oráculo; era para otros un visionario sublime: la multitud, que no analiza el genio, lo reconocía y lo acataba.

"No por esto Maldonado fué extraño á las ideas á que en su época rindió un culto ferviente. El amor de la libertad, el dogma de la igualdad, todos los principios republicanos tenían en él un partidario entusiasta hasta el delirio; pero un partidario que creía que la sociedad actual no podía conseguirlo, y esperaba que sus teorías las realizarían de una manera espléndida. Muchas veces, hablando en sus escritos de las más famosas sociedades modernas, las mostraba conservándose sobre el infortunio de miles de hombres destinados á la esclavitud ó al proletariado, palabra usada por él; y entonces, inspirado por los más nobles y filantrópicos sentimientos, mostraba el absurdo de semejantes instituciones: hacía ver que la libertad, la igualdad y la república eran nombres sin sentido para

los desgraciados que pasaban la vida sin poder cultivar sus facultades intelectuales, ni adquirir los goces más indispensables; y con el tono de la convicción más profunda, demostraba que la verdadera reforma social debía comenzar por la de la organización de la propiedad y del trabajo. Así un clérigo ciego, y cuyo nombre es aun desconocido en Europa, conocía y trataba de resolver en México, hacía veinte años, ese terrible problema que hoy ocupa las más altas inteligencias del viejo mundo. Los que han estudiado la famosa teoría social de Carlos Fourier, aseguran que la de Maldonado, que no lo oyó mentar siquiera, coincide con él en muchos puntos".

Murió en 1832.

BIBLIOGRAFIA:

El Despertador Americano. Periódico insurgente. 1810.

El Telégrafo de Guadalajara. Periódico realista. Guadalajara. 1811.—1813.

Contrato de asociación para la República de los Estados Unidos del Anáhuac, por un ciudadano del Estado de Xalisco. Guadalajara. 1823. Imprenta de la viuda de José Fruto Romero.

El triunfo de la especie humana. 1830.

CONSULTAR: *Aguila Mexicana*, 12 de Agosto de 1823, 13 de Julio de 1824; *El Noticioso General*, 26 de Julio de 1822, carta de José Matías Quintana á Lorenzo de Zavala; Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, tomo I, página 143; Alamán, *Historia de México*, tomo II, págs. 108, 199; tomo IV, 209; José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, tomo IV, págs. 121 y 122; *Diccionario de historia y geografía*, México, 1853-1856, Artículo Maldonado; *Colección de Documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, formado por J. E. Hernández y Dávalos, tomo I, pág. 12; tomo II, pág. 309; tomo III, pág. 339; *Museo Mexicano*, 2ª época, tomo I, artículo sin firma.

ICONOGRAFIA:

El retrato de Maldonado apareció en el *Museo Mexicano*, en litografía, con el artículo citado arriba.

N. R.

DISERTACION.

A todos los habitantes de América.

Europeos establecidos en América: desde el principio de la invasión de la monarquía por los franceses, no habéis cesado de darnos las más fuertes, las más violentas sospechas de que sois reos (ha habido y hay entre nosotros españoles de una probidad superior á todo justo reproche: aquí hablamos de los que han mantenido una correspondencia criminal con el intruso José, de los que se han opuesto á la defensa de la América para facilitar la entrada en ella á los galos, y que han tratado de perpetuar nuestra esclavitud) de alta traición. Desde aquella época azarosa, habéis estado repitiendo incesantemente á la faz del mundo entero los juramentos más solemnes de vencer ó morir por la religión y por Fernando, atacados juntamente por los vándalos modernos: y os habéis empeñado al mismo tiempo con una obstinación inaudita á permanecer indefensos: habéis jurado conseguir un fin, y os habéis resistido á adoptar los medios únicos conducentes á su logro, haciendo de este modo vano é ilusorio uno de los actos más sagrados de la augusta religión que profesamos, ó burlándoos descaradamente de Dios y de los hombres. Perjurios, sólo habéis tratado de adormecernos, y de engañar nuestro candor. Es verdad que, al principio de tan violenta crisis, vuestra conducta desleal no se manifestó desde luego en toda su abominación. El estado inerme del Reino parecía disculpable, suponiendo que contentos con nues-

tros sacrificios pecuniarios, fiábais la defensa de nuestros más caros intereses religiosos y sociales al valor de los hijos de la metrópoli y á los esfuerzos de las Potencias aliadas. Los primeros sucesos del pueblo español contra el poder colosal del tirano, lisonjeándonos con las más halagüeñas esperanzas de una completa y final victoria, nos hacían descansar en el denuedo, magnanimidad é intrepidez de pueblo tan virtuoso y tan guerrero, y justificaban el respeto é inacción de las colonias. Pero luego que los sabios, los políticos de España, esto es, los traidores, so color de templar la demasiada impetuosidad del pueblo, y de sujetarle á una táctica que sólo se aprende con el tiempo, no hicieron más de amortiguar su militar ardor y prepararle á sus futuras derrotas; cuando enjambres numerosos de conscriptos inundaron la Península, para atrapar la presa que se escapaba y cubrir la vergüenza de los invencibles derrotados; cuando provincias enteras se sometieron por sí mismas al yugo, y comenzaron á prevaricar las primeras columnas de la Nación; en fin, cuando la Austria hubo aceptado su vergonzosa paz, y, ocupada por el intruso Sevilla, sin disparar un cañonazo, la misma junta Central zozobró en el diluvio de la común deslealtad ¿no amenazó á las posesiones coloniales el más evidente peligro de ser arrebatadas de tan impetuoso y desecho torbellino? ¿no debimos las americanos, en desempeño de la fe jurada, tomar luego una actitud guerrera y ponernos en un respetable estado de defensa? ¿había otro arbitrio de precaver una invasión galo-hispana que el de prepararse á rechazarla con las armas, según la trilladísima máxima: *si vis pacem, para bellum*? Las miras del tirano eran notorias, los papeles más sediciosos, las más incendiarias proclamas penetraban hasta las más remotas provincias del reino, sembrando, para corrompernos, los medios más poderosos de la seducción. En coyuntura tan inminente y

tan crítica, no correr á las armas ¿no era un manifiesto crimen contra la Religión y el Estado? Y si vuestras relaciones con los dominados por el usurpador, si vuestra larga mansión en este país de delicias, que disfrutáis vosotros solos, si vuestra molicie y afeminamiento, efecto de vuestro inmoderado lujo y excesiva riqueza, si vuestra feroz é insaciable codicia, si vuestro invencible apego á vuestros tesoros no os permitían abandonar la sombra de vuestras moradas para arrostrar el sol ardiente y asoladoras plagas de nuestras costas marítimas, á fin de guarecerlas contra toda irrupción enemiga ¿por qué habeis querido privarnos á nosotros (medida era esta tan esencial y forzosa, que el mismo Alfaro, director del Arzobispo Virrey, mandó colectar un donativo para surtir de armas el reino, pero todo eso no pasó de una ridícula farsa, excepto la colección de dinero) esta defensa, á nosotros más aptos para ello, como al fin endurecidos en la adversidad y los trabajos? ¿Por qué habeis querido hacernos cómplices de vuestros execrables perjuros? ¿Por ventura la religión cristiana no prescribe unas mismas obligaciones y deberes al europeo que al americano? ¿Sólo el gachupín estará obligado á derramar su sangre por su fe, y no lo estará el criollo igualmente? ¿O los franceses sólo serán enemigos de la religión en España, y protectores de su dogma en el Imperio Mexicano? Si sois consecuentes á los principios de que siempre habeis hecho tanto alarde, ó confesad de buena fe la justicia de la causa americana, y la necesidad estrecha que Dios y la Patria, la Religión y el Estado, la conciencia y el honor nos imponen de tomar las armas para defender lo que más amamos sobre la tierra; ó bien quitaos de una vez la máscara, y publicad sin rebozo que todas vuestras declamaciones contra la impiedad francesa, no han sido más que calumnias, imposturas y ardidés de vuestra política. ¡Santo cielo! y que haya mentecatos entre nos-

otros que se dejen seducir y alucinar sobre la justicia de nuestra común causa, y duden aún desenvainar la espada para sostener los derechos sacrosantos del Altar y de la Patria! ¡Que no falten almas mercenarias y viles que por un mezquino salario, debiendo esperar más de nosotros, se vendan á nuestros implacables enemigos para derramar la sangre de sus hermanos que han acudido á las armas, no para quitar la vida á los europeos, como lo hacen ellos (abominamos la conducta bárbara y atroz de nuestros feroces enemigos, que á sangre fría, y fuera del campo de batalla, cometen los más crueles asesinatos, quitando de este modo toda esperanza de acomodamiento: si entre nosotros, algunos individuos del bajo pueblo se han propasado á cometer algunos excesos, el gobierno ha manifestado luego su desaprobación, y ha tomado medidas eficaces para precaverlos) con nosotros sino sólo para manifestarse verdaderos hijos de la Iglesia y defensores ardientes de su Patria!

¡Nobles americanos! ¡Virtuosos criollos, celebrados de cuantos os conocen á fondo por la dulzura de vuestro carácter moral, y por vuestra religión acendrada! Despertad al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos; abrid los ojos á vuestros verdaderos intereses, no os acobarden sacrificios y privaciones que forzosamente acarrea toda revolución en su principio; volad al campo del honor; cubríos de gloria bajo la conducta del nuevo Washington que nos ha suscitado el cielo en su misericordia, de esa alma grande, llena de sabiduría y bondad, que tiene encantados nuestros corazones con el admirable conjunto de sus virtudes populares y republicanas. Coronaos de nuevos laureles acabando de destrozar al enemigo, ó forzándole á adoptar nuestros designios saludables y patrióticos. Fortificad los puertos, guarneced los puntos todos de una y otra costa, por donde puedan invadirnos los galos. Avivad vuestro valor y vuestra fe á

vista de los señalados triunfos con que hasta aquí os ha premiado el gran Dios de los Ejércitos. Volved los ojos al Pontífice Santo de Roma, al paciente y venerable Pio, aherrojado por los opresores de la España, que os clama desde lo profundo de su calabozo para que conservéis en América un asilo á la religión de Jesucristo, fugitiva de la Europa, y amenazada (¡qué gloria! qué dicha inexpugnable la nuestra de tenernos Dios destinados para uno de los instrumentos del cumplimiento de aquellos oráculos de los Libros Santos: *Ideo dico vobis, quia auferetur a vobis regnum Dei & dabitur genti facienti fructus ejus. Math. C. 21. Regnum agente ingentem transferetur propter injusticias & injurias & contumelias & diversos dolos. Eccl. C. 10. V. 9.*) de un total exterminio por los Napoleones.

¡Hermanos errantes! Compatriotas seducidos! no fomentéis una irrupción de los españoles afrancesados en vuestra Patria, que la inundarían de todos los horrores del vandalismo y de la irreligión: los mismos europeos que entre nosotros habitan, por sus enlaces de todo género con los renegados, favorecen abiertamente esta irrupción y aspiran á ella con descaro, manteniendo el reino indefenso. ¡Ciegos! al resistir á vuestros hermanos y libertadores, resistís á vuestro propio bien: os remacháis vosotros mismos la cadena de la servidumbre; desgracia indefectible que os anuncia hasta el título mismo del traidor y sanguinario Conde, que os conduce á nuestra común destrucción. Lo más sensible es que después de todo en la amargura y peso de vuestra opresión no tendréis el consuelo de la Religión Católica, que en la pérdida de vuestra libertad y demás bienes temporales os alentaría con la esperanza de los eternos. Porque, desengañaos, pervertidos Americanos, todos los países dominados por los monstruos que abortó la Córcega, tarde ó temprano han de ser tocados del conta-

gio del ateísmo que profesan y han diseminado aquellos déspotas.

¡Generosos Ingleses! ¡Nación incomparablemente justa, y profundamente política! Nosotros somos ahora los verdaderos españoles, los enemigos jurados de Napoleón y sus secuaces, los que sucedemos legítimamente en todos los derechos de los subyugados que ni vencieron ni murieron por Fernando. El honor, la política, los intereses de vuestro comercio, y vuestros más solemnes empeños, todo os estrecha á continuaros vuestra poderosa (sólo un ignorante estúpido dejará de haber advertido que ya estamos disfrutando los efectos de esta alianza, aun antes de haberla negociado por nosotros mismos: tan enlazada está nuestra independencia con la gloria é intereses de la Gran Bretaña. Hace más de tres meses que principió la Revolución gloriosa, tiempo en que no han cesado de llegar buques ingleses á Veracruz. Si aquella nación sabia hubiera querido auxiliar á los europeos contra nuestros justos esfuerzos, nos hubiera ocasionado algún perjuicio con solo dar á nuestros enemigos un cañón y seis marineros de cada embarcación y algunos negros sacados de sus Islas del Seno mexicano) alianza, con el auxilio de vuestras escuadras.

EL TELEGRAFO DE GUADALAJARA

Jueves 14 de Mayo de 1812.

Hasta aquí hemos combatido la desesperada causa de los antipatriotas, manifestando en toda su claridad el horror é iniquidad de los medios á que han recurri-

do para sostenerse, y que han sido una consecuencia forzosa del espíritu de inmoralidad y anarquía que dictó los primeros movimientos de la rebelión. El lector despreocupado é imparcial se habrá convencido, por nuestros discursos precedentes, que los enemigos se han propuesto y practicado constantemente un sistema de absoluto exterminio, encarnizándose indistintamente contra hombres, animales, mieses, árboles, edificios, etc., sin que haya quedado cosa alguna, no sólo en el orden moral, sino aun en el de la naturaleza en sus tres reinos, que no se haya resentido de los estragos de su asoladora barbarie. De manera que los ejércitos del Rey y la porción escogida y numerosa de patriotas fieles que les siguen, al atacar á la abominable canalla, no sólo han vengado los ultrajes hechos á la patria, al trono y al altar; sino que, rigurosamente hablando, han tenido que restablecer en América el orden social enteramente trastornado por la insurrección; resultando de aquí haber sido y ser aún hasta la fecha la situación de los habitantes de esta parte del nuevo mundo tan precaria y lastimosa, como la de los primeros hombres, cuando, oprimidos incesantemente por la prepotencia de las fuerzas individuales, se vieron forzados, para hacer respetar sus naturales derechos, á zanjar los fundamentos de las sociedades civiles.

¿Qué hubiera sido de nosotros, qué de toda la América Septentrional Española, si las reuniones enormes de estos monstruos no hubieran sido destrozadas en los campos gloriosos de Cruces, Urepetiro y Calderón? ¿Qué hubieran ellos respetado en la embriaguez del triunfo, cuando hemos experimentado las devastaciones del inaudito lujo de crueldad y fiereza que han desplegado á pesar de su extrema diseminación y multiplicadas humillantes derrotas? ¿Qué pulso de discreción, qué prudencia hubiera bastado para conservar la vida del pacífico y honrado ciudadano entre

el flujo y reflujo de tantas parcialidades y discordias, entre los embates de las violentas y encontradas pasiones de tantos cabecillas? Hidalgo y Allende se aborrecían de muerte y acechaban mutuamente ocasiones de asesinarse. La misma rabia, el mismo encono se advertía entre Portugal y Torres, entre Mercado y Hermosillo, entre Iriarte y Jiménez, sin que conviniessen en otra cosa que en la matanza de los buenos vasallos, en el saqueo de los caudales públicos y particulares, en el furor de apropiarse para sí solos la mayor parte posible de ellos, y en la infracción de todas las leyes divinas y humanas. En medio de tanta confusión y desorden ¿quién de nosotros no prefirió en su corazón el peor de los gobiernos, el mismo despotismo oriental, á la arbitrariedad y extravagancias de tan deshecha anarquía? ¿Y hasta dónde no ha llegado en estos últimos tiempos este frenesí de trastorno? Robar y ahorcar á caminantes indefensos, entrar á fuego y sangre en las poblaciones débiles, degollar á sus habitantes, violar las vírgenes, arrasar los edificios, incendiarlo todo sin perdonar ni á sagrado ni á profano: tales son loh americanos! los medios de captación empleados por vuestros compatriotas para conciliarse vuestro afecto. Hijos desnaturalizados de la patria, no atribuyáis á esfuerzos de la política española la decadencia de vuestro partido: el gobierno no ha tenido que discurrir ni que apurar arbitrios para arruinaros: vuestro espíritu de desolación y exterminio es el que os ha enajenado los corazones de vuestros paisanos, el que los ha forzado á juraros un odio eterno, y el que les ha puesto las armas en las manos para destruirlos. Bien podéis hacerlos aún algunos prosélitos entre jóvenes viciosos y aturdidos; bien puede lograr la insurrección algunos efímeros sucesos en parajes donde no sean conocidos sus estragos; pero ningún americano sensato y de concepto se alistará jamás bajo vuestras ominosas

banderas, y á medida que los pueblos palpen con la experiencia los destrozos de vuestra feroz convulsión, se levantarán y armarán en masa contra vosotros, como se ha visto en toda la extensión de la nueva Galicia y provincias comarcanas, que fueron teatro de vuestros furores, y gozan ya sin zozobra las dulzuras de la tranquilidad y del orden.

¡Qué notable contraste entre esta marcha atroz y destructora de la insurrección; y el acierto, sabiduría é indulgencia paternal del legítimo gobierno! ¡Oh España magnánima! ¡Oh nación admirable y sublime, siempre constante é inalterable en tus antiguos principios! Inundada en tus hogares de un diluvio de vándalos conjurados en sojuzgarte, has asombrado al orbe con tu más que humana resistencia; y, combatida en América por tus mismos hijos, sobreponiéndote á la rutina y bajezas de pasiones populares, has desplegado con ellos todas las riquezas de la más generosa conmiseración. Abriendo el seno de la clemencia á los disidentes de toda clase, y permaneciendo al mismo tiempo inexorable con los contumaces y relapsos, para no fomentar con la impunidad los atentados, has vencido á las demás naciones tus rivales en el arte de saber templar la dulzura con la fuerza, es decir, en el arte delicado de gobernar á los hombres, conciliándose juntamente el respeto y el amor de los pueblos.

Napoleón, anunciado por sus fatuos adoradores como el mayor político de todos los siglos, anhelando ardientemente la conquista de los corazones de los hijos de la península ¿qué resortes ha puesto en movimiento para conseguirlo? Dígalo la carnicería espantosa del dos de Mayo, día luctuoso y acerbo en los fastos españoles; díganlo los destierros y demás medidas adoptadas por sus fieros satélites para sumergirlos en la estupidez del terror. Los franceses, en unos tiempos en que no se les caían de la boca los dulces nombres de *política, humanidad, filosofía* ¿qué conducta

observaron con los insurgentes del Vendée? Cerraron los oídos á todas las vías conciliatorias, les declararon una guerra de exterminio, y este manejo imprudente fué causa de que la insurrección de aquel Departamento durase tanto y costase más sangre á la república que toda la guerra de los aliados contra ella, hasta que la necesidad la obligó á recurrir á arbitrios más humanos, con que logró al fin pacificarlos. La Holanda, otra de las naciones rivales de la España, cuyos escritores tanto se desencadenaron contra la supuesta protervia y crueldad de nuestros abuelos, en sus últimas turbaciones civiles, *guiada de la imprudencia y pueril venganza*, dice un político español, *solo promulgó una amnistía incompleta, que ocasionó la emigración de gran número de familias, daño mucho mayor que las inundaciones y la guerra, que arruinó el comercio de las Indias occidentales, y dió un golpe mortal al de las orientales*. En fin, es necesario remontarse hasta los tiempos antiguos de la Grecia, para hallar una imagen de esta generosa conducta de nuestra Metrópoli en circunstancias tan críticas. Hablamos de la división intestina que ocasionó en la república de Atenas la célebre expulsión de los treinta; división que, según Xenofonte, costó más ciudadanos al estado en ocho meses que la guerra del Peloponeso en diez años. Entonces la prudencia é intrepidez de Trasíbulo, después de haber libertado el país del extranjero, de concierto con Alcibiades, manifestó toda la moderación necesaria para apagar el fuego de la disensión. Temiendo que la memoria de los males pasados renovase nuevas querellas, publicó una amnistía general, obligándolos á todos con juramento á echar en un total olvido lo pasado. *Esta saludable medida*, dice un moderno historiador de la Grecia, *fué un modelo para los siglos siguientes y Cicerón la recomendaba á los Romanos, cuando el asesinato de Julio César tentó dividida la república en facciones*.

¿Pero se ha ceñido solo á esta absoluta y completa amnistía la beneficencia española? ¡Ah! confundíos, americanos, vosotros que tanto os preciáis de generosos y sensibles, virtudes que parece haber borrado del todo esta convulsión detestable. Parte integrante del imperio más vasto de la tierra, sois tan independientes y libres en la monarquía como lo son los españoles de Europa, sin que entre éstos y vosotros se advierta la diferencia más mínima. Llamados á la representación nacional, habéis concurrido á la reforma de los abusos antiguos y á la organización del nuevo plan que va á hacer la felicidad de ambos mundos. ¿Qué es lo que el arte y la naturaleza pueden producir en esta región feracísima que no lo podáis promover en toda su extensión? Confundíos, vuelvo á decir, americanos. La España ha agotado toda su generosidad con vosotros, ha hecho cuanto ha podido á favor vuestro. Está del todo cerrada la puerta á las insensatas quejas de los revolucionarios; no queda lugar más que á la gratitud y reconocimiento; la unión de uno y otro hemisferio está cimentada sobre sólidas é indestructibles bases, y subsistirá eternamente á pesar de los impotentes esfuerzos de todos los enemigos externos é internos de la monarquía.

Si el gobierno hubiera apelado á este sistema de bondad y dulzura por hallarse abatido y humillado por los rebeldes, su generosidad nada tendría de admirable. Pero es constante que ha redoblado su beneficencia, á proporción que la insurrección ha ido retrogradando, y que ha consolidado su poder con una no interrumpida serie de las más decisivas y brillantes victorias. ¿Más cómo una conducta tan suave y paternal no ha podido hasta ahora aniquilar los restos miserables de esta conmoción desastrosa? ¡Ah! tan difícil es, y ha sido siempre contener al populacho una vez conmovido, tan ciego y tan violento es sobre los débiles humanos el imperio de las preocupaciones! Combatir

éstas, ilustrar á los ciudadanos sobre sus verdaderos intereses, descubrir el abismo á que va á precipitarse el estado, é indicar los medios de precaver tan deplorable catástofe ¿no es el mayor servicio que podemos prestar á la doliente patria en tan amargas circunstancias?

(*El Despertador Americano*, N^o 1.)